



**LA INDOMABLE RESISTENCIA DEL ESPÍRITU DE LOS *VENECOS* (2025)  
DE RODRIGO BLANCO CALDERÓN**

**[RESEÑA DE RODRIGO BLANCO CALDERÓN, *VENECOS*, MADRID,  
PÁGINAS DE ESPUMA, 2025, 160 PP.]**

*Venecos* (2025), publicado por la prestigiosa editorial Páginas de Espuma, es el octavo libro de Rodrigo Blanco Calderón y su sexto libro de relatos. Está compuesto por una combinación de cuentos inéditos y ya publicados. Lo preceden éxitos aclamados tanto por la crítica como por sus lectores, como su novela *The night* (2016), traducida a cuatro idiomas, que en 2019 le valió el Premio de la III Bienal de Novela Mario Vargas Llosa. Miguel Gomes describe la poética de Blanco Calderón como una de «realismo gótico», propia de «las fábulas del deterioro» (2017: 223). Blanco Calderón posee una «vocación *campy*» (Gomes, 2017: 226) que no sólo se manifiesta a través de un manejo agudo del humor y la parodia, sino por «la iniciativa de vincular lo estéticamente refinado a los gustos de las masas» (Gomes, 2017: 226): la cultura pop se imbrica constantemente en la obra de Blanco Calderón con referencias cultas, ambas a la misma altura, sin jerarquizaciones. Lo cierto es que aunque considero que todas las apreciaciones de Gomes siguen resultando plenamente vigentes para leer *Venecos* —diría, incluso, que en muchos casos son exploradas aquí hasta sus últimas consecuencias—, de lo que verdaderamente habla este libro es de lo que su título anuncia: los «venecos», los venezolanos, esparcidos o no por el mundo. Ser veneco, aunque despectivo para los chilenos, peruanos y ecuatorianos xenofóbicos que enarbolan el adjetivo como un arma para herir a los migrantes que componen nuestra diáspora, es hoy, para muchos de nosotros, causa de orgullo. La reapropiación lingüística no es nueva ni propia: «veneco» pasa a inscribirse en una

larga tradición de vocablos, como «*queer*», «perra» o «maricón», originariamente despectivos, a los que sus comunidades les han dado una vuelta de tuerca para simbolizar sus resistencias contra el odio y la discriminación, bien sea machista, homofóbica, racial o xenofóbica, como en nuestro caso.

Ser «veneco» significa llevar el «signo Venezuela» (Gomes, 2017: 203) como una herida abierta, eternamente sangrante en nuestros pechos: «Un signo doliente de muchas caras, de distintos ángulos. El grito ahogado del miedo» (Torres, 2023: 66). La consecuencia directa del conflicto socio-político venezolano es evidente: una crisis migratoria transregional en la que se cuentan hoy alrededor de ocho millones de «venecos» desplazados. Nos hemos «transformado en país de emigrantes» (Páez e Hidalgo, 2023: 629) y, en este sentido, no somos diferentes a cualquier otra diáspora que, en su travesía por establecerse en algún lugar del mundo, busca crear (o descubrir para sí mismos) una (¿nueva?) identidad nacional. En esta forma de existencia ha surgido un fenómeno totalmente predecible para cualquiera que se haya encargado de estudiar casos similares en el pasado: un no nuevo sino quizás el primer «boom» internacional de la literatura venezolana. Ahora, nombres como el de Rodrigo Blanco Calderón en todo el centro del boom, son tan propios como internacionales: por primera vez en la historia contemporánea de Venezuela, nuestros «*household names*» trascienden las fronteras de su origen. Así, irónicamente, no sólo en medio de la crisis más atroz de nuestra historia, sino como respuesta directa a ella, «algo bueno está pasando con la literatura venezolana» (Méndez Guédez, 2024: 16): su internacionalización y exportación, que trae consigo, de manera inevitable, la internacionalización y exportación de la venezolanidad como capital cultural (Bourdieu, 2022). Es en medio de esta internacionalización que la mirada del otro nos ha designado como «venecos». Pero lo que le interesa explorar a Blanco Calderón no es la mirada del otro sobre la venezolanidad, sino el extrañamiento que surge en nuestra propia mirada sobre nosotros mismos: el «venequismo» que somos por dentro, o al menos la «condición de veneco» que el autor identifica en su comunidad y en sí mismo. He organizado mi lectura en cinco vectores: el humor, la «necrofilia chavista», la experiencia de ser mujer en Venezuela, el absurdo inherente de la venezolanidad y las relaciones afectivas.

Sabemos, gracias a autores como Tzvetan Todorov, que el humor es una de las estrategias de resistencia elegidas por las personas que viven situaciones «al límite». En este sentido, el humor nos comunica una profunda verdad idiosincrática, tan venezolana como caribeña. Es imposible no trazar las relaciones con autores como Virgilio Piñera o Reinaldo

Arenas: el humor nos ayuda a soportar, procesar y explicarle al mundo la verdad de una «Venezuela abyecta» (Gomes, 2017: 229), insoportable y muy pesada para cargar a costas desde una seriedad discursiva, profunda y afectada. «Carmen y error» es el mejor ejemplo de la efectividad de este recurso: una parodia desternillante de la constante y ridícula fiesta de disfraces de la Revolución Bolivariana, en la que todos pretenden ser —o creen de verdad que son— las reencarnaciones de los próceres de la Independencia, balanceándose en un juego de intrigas constante. El lenguaje barroco, anticuado, lleno de clichés, florituras y cursilerías de mal gusto, transmite a la perfección el espíritu estético de la Revolución Bolivariana.

En esta misma línea carnavalesca, elijo nombrar «necrofilia chavista» a la exploración literaria de Blanco Calderón en torno a los efectos en la población del régimen chavista-madurista —de la que el relato anteriormente mencionado también es partícipe—, en «Homenaje a John Cazale». En él, converge un pequeño relato de la diáspora junto a un acercamiento a la psicología de los verdaderos creyentes del «culto bolivariano» (Torres, 2023: 47-48). En este cuento, en el que nuevamente la cultura pop toma una posición central, la conexión entre la narradora y el cónsul chavista de Aruba toma lugar en un taller para aprender a escribir novelas al estilo de *El Padrino*. Humberto es romántico e idealista, casi al punto de la ingenuidad: un capo de la droga del régimen que, en otra vida, habría deseado ser diferente, honesto consigo mismo. Y ella, mucho más ingenua que él, que sólo puede ver de El Tigre su corazón soñador y sensible, se encuentra transformándose «como un monstruo» (Blanco Calderón, 2025: 42) en Buenos Aires, después de besar en los labios a un amante de cadáveres. La imagen es poderosa y polisémica: en el relato no hay un solo necrófilo.

Dos relatos del libro tienen como centro la exploración de la experiencia de ser mujer en Venezuela. En «Virgen de la impureza», la amistad de la «niña bien» Lorena con Margarita, a quien se encuentra un día en la playa después de mucho tiempo sin verse, resulta en una anagnórisis frente al mar: dos adolescentes de dieciséis años que sufren en la psique los efectos de una sociedad que reprime y castiga desde la infancia el erotismo en la vida de las mujeres, se permiten ser libres por primera vez, después de que Lorena descubre que su madre y ella, en el fondo, son iguales. El reconocimiento y la aceptación de las otras, madre y amiga, abre camino a la ternura y compasión que Lorena empieza a permitirse sentir, por sí misma y por Margarita. En «Leer y escribir», en cambio, el chavismo, atroz y normalizado,

Daniela Fuentes Aja (2025), «La indomable resistencia del espíritu en los *Venezos* (2025) de Rodrigo Blanco Calderón. Reseña de Rodrigo Blanco Calderón, *Venezos*, Madrid, Páginas de Espuma, 2025, 160 pp.», *Cuadernos de Aleph*, 18, pp. 280-284.

es el telón de fondo del viaje de descubrimiento y auto-exploración que emprende una mujer que decide aprender a leer y escribir para sorprender a su marido. La memoria de Fania, la protagonista y narradora, empieza en el momento en el que es capaz de leer la traición de su marido. Aprender a vivir, para Fania, no sólo significa aprender a navegar las aguas bravas de un mundo machista y clasista, sino descubrir la manera de encontrarse, por fin, satisfecha con su vida en su auto-confesión.

La experiencia del absurdo inherente a la venezolanidad queda reflejada en dos relatos. En «La vejez», que se balancea en las fronteras genéricas que separan el cuento del ensayo, aparece una frase estelar que cifra, en pocas palabras, la disparatada transformación que ha sufrido el país: «En los años cincuenta y sesenta se podía morir por los ideales. Ahora, la subversión consiste en portar determinada marca de zapatos, bolsos o teléfonos celulares y tentar a la suerte» (2025: 115). En «El Extranjero», se traza la relación evidente: la diáspora venezolana, la violencia atroz que llevamos todos por dentro y la famosa novela de Albert Camus, en la que propone, junto con *El mito de Sísifo*, la filosofía del absurdo.

El último eje, el de las relaciones afectivas, constituye, en mi opinión, el más prominente de los vectores del libro. Blanco Calderón no sólo dedica cuatro cuentos a cuatro personas significativas, de un modo u otro, en su vida, sino que elige explorar el imaginario de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, de la que se licenció y en la que dio clases durante varios años, en otros tres cuentos: «La simetría escalena de los suicidios», «Tacones (lejanos)» y «Castel». De los tres se podría decir, además, que continúan con la exploración de la compleja experiencia femenina en Venezuela. «La simetría escalena de los suicidios», dedicado a la fallecida poeta venezolana Caneo Arguinzones, representa el que considero uno de los momentos más álgidos de todo el libro —junto con el extrañísimo y fantástico relato final, «Lobos y castores»—: jugando, esta vez, con la frontera entre la autobiografía y la autoficción, en medio de la falta de sentido de la vida (otra vez, el absurdo camusiano), la simetría se abre paso a través de tres suicidios interconectados de forma inaudita. Inquietante y hermoso, el final del relato revela dos verdades lúcidas, tan ciertas para el protagonista como lo son para los que llevamos la «condición de venecos» a cuestas: que el amor (por una persona, pero también por una tierra perdida) es «en el fondo, una lección rotunda, simple y en absoluto tormentosa» (2025: 86), y que «en condiciones como estas no surge nada. Si acaso, literatura. Imágenes falsas y narraciones vaporosas que no resuelven el enigma de por qué algunas personas se suicidan y otras no» (2025: 87).

Daniela Fuentes Aja (2025), «La indomable resistencia del espíritu en los *Venecos* (2025) de Rodrigo Blanco Calderón. Reseña de Rodrigo Blanco Calderón, *Venecos*, Madrid, Páginas de Espuma, 2025, 160 pp.», *Cuadernos de Aleph*, 18, pp. 280-284.

DANIELA FUENTES AJA  
<https://orcid.org/0009-0003-1621-5209>  
[dfuentesaja@usal.es](mailto:dfuentesaja@usal.es)  
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOURDIEU, Pierre (2022), *Capital cultural, escuela y espacio social*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
- GOMES, Miguel (2017), *El desengaño de la modernidad, Caracas, Cultura y literatura venezolana en los albores del siglo XXI*, Caracas, abediciones.
- MÉNDEZ GUÉDEZ, Juan Carlos (2024), «Prólogo en rapsodia», en Juan Cuarlos Méndez Guédez (antol.), *El adiós de Telémaco. Una rapsodia llamada Venezuela: Antología*, Almería, Editorial Confluencias, pp. 15-26.
- PÁEZ, Tomás, e HIDALGO, Manuel (2023), «La migración de españoles a Venezuela: la circularidad del capital humano canario (1940-2022)», *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, 54, pp. 625-651.
- TORRES, Ana Teresa (2023), *La utopía destartalada. Diez ensayos sobre Venezuela, secuencia del vaciamiento*, Caracas, Editorial Blanca Pantin.

Daniela Fuentes Aja (2025), «La indomable resistencia del espíritu en los *Venechos* (2025) de Rodrigo Blanco Calderón. Reseña de Rodrigo Blanco Calderón, *Venechos*, Madrid, Páginas de Espuma, 2025, 160 pp.», *Cuadernos de Aleph*, 18, pp. 280-284.